

LOS GOLFOS DEL ARTE

Número 3



*El segundo golfo mi querido amigo
Alfonso María, uno de lo mejores en
el arte literario, le dedico mi
auto cariatura en prueba
sinceramente J. P.*



15 céntimos.

LENTES HIGIÉNICOS

y gemelos de moda garantizados

GARCÍA

Óptico. Carreras, 3

Gran Salón de Peluquería

Servicio esmerado y de desinfección.

Antonio Vera

León, 35. Madrid

Agua de Colonia

medicinal é higiénica, indispensable para el tocador.

Superior á todas las conocidas.

Adoratina.—El mejor Elixir dentrífico.—Fresco, 1 y 2 pesetas.

Gran Farmacia y Laboratorio químico del
Dr. E. TORTOSA—Barquillo, 17—MADRID

LA JOYITA

Se construyen y reforman toda clase de alhajas.

Paga á altos precios platino, oro, plata y piedras preciosas.

Príncipe, 4, Madrid.

LOS GOLFOS DEL ARTE

REVISTA QUINCENAL LITERARIA

NUESTRAS CARICATURAS

Cele. ¿Que no le conocéis? El amigo inseparable de Alberto Celemin Vargas; si hasta tiene su misma cara. ¿Tampoco? ¿Será posible? Si es un genio (terrible el suyo).

Pintando es una nota... discordante, y como literato es más discordante todavía.

¿Continuáis no conociéndole? Refrescaré vuestra memoria, con recuerdos de Cele (para todos).

Este *compinche*, pinta-monos con misma facilidad que si se comiera una ración de judías salteadas, y sus monos recorrerán, conquistando laureles, hasta las Américas (del Rastro). Es joven, y es... de creer que Cele se hará céle... bre con sus *monadas*.

Nosotros cele... braremos que así sea.

MEDIOEVAL

Rodrigo, el alto y poderoso conde de Salvamar, barón de Alzola y señor de Siete Villas, se muere.

Exangüe, descarnado, estertoroso, agoniza en un lecho de pesados y ricos cortinajes y á su espalda un tapiz recuerda sus triunfos sobre los agarenos.

Con los ojos muy abiertos, el conde, cuyos puños crispados arrugan las ropas que le cubren, mira á un torrón, situado al otro extremo del patio de honor, y en el que habita la condesa.

Al pie del lecho un monje se amodorra leyendo su breviario y en la fúnebre alcoba sólo se agita el pecho desnudo, blanco y huesoso del moribundo.

En los lóbregos corredores de la mansión solariega, los vasallos repiten en voz baja la profecía de una vieja gitana: «Cuando suene la última hora de tu trigésimo año, dará para ti la primera de la eternidad».

La cámara de la condesa es la menos triste del lúgubre castillo. Las verdes enredaderas sirven de marco á sus ventanas, desde las que se divisa un parque inmenso y sombrío, que por la noche prodiga los perfumes de sus flores.

La luna desliza algunos rayos en la vasta estancia tenuemente iluminada, y retoza discreta en los tapices y almohadones, amigos del reposo y confidentes del amor.

Enfrente, se levanta la maciza muralla de la fortaleza. Allí, se estrellaron tantos asaltos como olas sobre un acantilado, merced al heroísmo de nobles y heroicas generaciones.

Cúbrela un negro paño que cae hasta el suelo.

En íntimo coloquio rien la condesa y un paje, turbando el silencio que reina, con los chasquidos de sus besos.

Pero de improviso interrumpen sus juegos y caricias, porque un ruido siniestro, un medroso gemido, atravesó la ciclópica muralla, vencedora en tantas embestidas.

Se agitó el negro paño, se rasgó lentamente y los dos cómplices vieron al conde exangüe y descarnado.

Jadeaba su esquelético pecho; fijaba en ellos su mirada implacable, y con las uñas parecía querer pulverizar el pétreo muro.

Desde aquel día la condesa y el paje no disfrutaron de un instante de reposo, ni se atrevieron a contemplar cara á cara á ninguna criatura humana.

Porque todas las veces que invocaban al auro, siempre que cambiaban una palabra de ternura, se rompía la muralla.

Y les contestaba el alto y poderoso conde de Salvamar, barón de Alzola y señor de Siete Villas.

Gonzalo Guasp.

DEL NATURAL

Un cielo gris escapía sutil y finisima lluvia sobre la calle de Alcalá. Los que transitaban por la anchurosa vía marchaban rápidamente y como temerosos de llegar demasiado tarde á alguna amorosa cita. Los tranvías tintineaban frecuentemente sus *trolleís*, despedían de cuando en cuando innumerables chispas que zigzagaban breves momentos por la brumosa atmósfera.

Anocheceía... Los primeros focos volcánicos se reflejaban en el húmedo pavimento; el aristócrata currujeo tirado por briosos corceles, que regresaban de la Castellana, mezclábase con el modesto *simón*, que penosamente arrastraba escañido caballo; la elegante y provocativa *cocotte*, con enorme sombrero de pintarrajeadas plumas, suave boa y sedosas faldas, se codeaba con la humilde modistilla de flotante velo, traje de merino y labios reidores de picaresca malicia, formando el todo, aligarrado y simpático, de los anohecidos madrileños.

Al entrar en la calle de Peligros vi aparecer, en sentido contrario á mí, una de esas mujeres que nos dejan atónitos.

Me detuve un momento, y pude observar la rápidamente.

Era alta, gallarda, de ampulosas caderas y arrogantes senos; su cabeza, de un negro azulado, estaba cubierta por rico sombrero, del que pendía moteado velillo; con una mano recogíase artísticamente la falda, que dejaba entrever unos piecicillos calzados en charoladas botas, mientras que con la otra sostenía el ligero paraguas, de cuyo nacarado puño colgaba el portamonedas.

Su retadora mirada y sus gestos de orgullo dejaban adivinar que la fortuna estaba en íntimo contacto con su persona. Yo la miraba con esa atención con que se mira á quienes á más de la belleza, unen la elegancia y el dinero.

Pasaba entonces por delante de la puerta de Fornos en el preciso momento en que un caballero salía del clásico café; este hecho la hizo levantar el paraguas, con cuyo movimiento el portamonedas se deslizó de sus manos; unas cuantas monedas rodaron por el suelo, y yo avancé para cumplir un deber que la caballerosidad me imponía. Llegué tarde, porque unos *golpillos* se habían apresurado ya á recoger el dinero. Eran niño y niña, pequeñines y simpáticos, pero con esa simpatía que inspira casi siempre la desgracia: hermanos quizás de sangre y hermanos seguramente de miseria. Dos guñapos de carne arrojados al arroyo por la insidia de padres criminales.

Yo observaba con atención esta escena. La dama, retadoramente orgullosa, endiosada, esperaba á los niños que se revolcaban al buscar las monedas. Limpiáronlas con los trapos que mal cubrían sus ateridos cuerpecillos por el incipiente frío

invernal, y se las entregaron, esperando, con los ojos muy abiertos, la pródiga propina que recompensara el servicio prestado. La dama *contó* las monedas, y mirando á los niños con estúpida altivez, pronunció estas palabras, que helaron mi alma por completo: «Falta una moneda de cinco céntimos.»

No oí más, ni quise ver más tampoco. Una oleada de asco nubló mi vista y un sordo murmullo de indignación penetró en mis oídos. Entonces desfiló por mi cerebro la imagen de un edificio confortable, de mármóreas escaleras alfombradas y con lacayuno portero de vulgar abdomen y patillas achuladas, y allá dentro, muy dentro, un coquetón y perfumado gabinete, lujoso y repugnante á un tiempo mismo, y á la dama recostada en un sofá cómodamente... y vi también un portal oscuro, en el que había un montón de carne humana mezclada en promiscuidad horrorosa...

Mis dientes rechinaron; lanzaron mis ojos una mirada de profundo desprecio, y de mis labios brotó terrible maldición...

Francisco Vera.

Hojas de pensamientos.

Nadie merece ser tan severamente castigado, como aquél que esgrime su arma contra los autores de sus días.

* *

El desquiciamiento moral del siglo no es más que debido á la mala apreciación de las buenas obras.

Alfredo Pérez Rebollo.

GRITO DE MISERICORDIA

*Vacilante y débil
como arista vana
que en otoño los vientos sacuden
en los círculos mil de su danza;
de tu larga vida
te miro al extremo marchar con tu carga,
y yo, joven, no pueda aliviarte
del cansancio que dobla tu espalda.*

*A tus nobles ojos
de dulce mirada,
ya se asoman los visos del ópalo
que caducas tristezas delatan.
Resignada miras
tu luz que se apaga,
y me dices con tono de niño:
«Ya poco me falta;
quizás cuando lleguen
del invierno las frías nevadas,
bajarán á posarse en mi fosa
los copos que labren mi fría mortaja.»*

*Yo no sé en mis entrañas qué siento
cuando escucho esas tristes palabras,
y observo que oscila
cual trémula llama
el espíritu débil que tiembla
en tu sér como agónica lámpara.*

*Si ardiese mi sangre
y lumbré brotara
de mis huesos al fuego arrojados
como leña al furor de las ascuas,
de mi carne viva
las fibras quemara
para hacer una hoguera que diese
calor á tu cuerpo y vida á tu alma.*

*¿Qué logró tu anhelo
tras vida tan larga!*

*Tu hogar amoroso
quedó sin compañía;
dispersaron tus hijos el vuelo
cual libre bandada,
y quedóse en tu noche perenne
redoblando tus miserables ansias,
tu recuerdo, que horada tu vida
como isócrona gota de agua.*

*No llores, no llores,
que me oprimen el pecho tus lágrimas;
tú no irás cual mendigo á la puerta
en que da la bondad una gracia.*

*Mi mesa es humilde,
sencilla es mi casa;
pero en ella la luz de los cielos,
juventud y cariño no faltan.*

*Me verás de noche,
en mis mudas y solas veladas,
componer las poesías que, ansiosa,
deletrea tu vista cansada.*

*La vejez no duerme,
y oírta me encanta;
me dirás cien historias sabrosas
de duendes y hadas,
y en el ritmo vibrante y preciso
que la idea condensa en palabras,
les daré con la rima sonora
las plumas de oro que formen sus alas.*

*Como el pájaro cueyla su nido
de ríga cascada
que del techo las piedras sostiene,
yo pondré la poesía en tus canas;
y, quizás, como el tronco recuerda
que, verde, las aves sostuvo en sus ramas,
sentirás de tus frescos abríles
los sueños que vuelven de nuevo á tu alma.*

Salvador Rueda.



IDILIO

Es una noche de abril florido; minutos faltan para que en el reloj de la torre suenen las diez, cuando frente á la ventana de Carmen se detiene Antonio, tipo eminentemente andaluz. Espera unos instantes, y enseña una figura de mujer hermosa, joven, morena— de un moreno que sólo las hijas de la tierra andaluza poseen— se presenta en la abierta ventana, por la que penetra la mirada escrutadora de Antonio y la blanca luz de la luna que ha de ser testigo de una escena de amor.

¿Y cómo no, si el sitio convida á amarse? Aroma delicioso desprende de las flores que adornan puestas en caprichosos tiestos, — la ventana que todas las noches, á la misma hora, oye las pláticas apasionadas de la feliz pareja. Esas flores las riega diariamente Car-

men, una vez que Antonio se ha despedido de ella al doblar la esquina lejana. Y las riega para que á la noche siguiente perfumen con su delicioso aroma el lugar de sus amores, de igual manera que ellos dos perfuman sus almas con las cariñosas frases que salen de sus labios.

— Aparece en la ventana Carmen. Y un

silencio sigue á su aparición. Se miran á través de los claros barrotes; más tarde oyese un suspiro. ¿De qué pecho ha salido? ¿Del de él? ¿Del de ella? Ignórase.

Un ¿qué hay, gitana?, se atreve á pronunciar Antonio.

— Ya lo ves. Nada, — contesta ella, bajando la vista al nivel de las flores.

Y vuelven á guardar silencio, un silencio que interrumpe de lejos un zagalillo, cantando la siguiente serrana:

No tengas pena ninguna;
los astros no dicen nada.
y solo nos vió la luna.

Levanta Carmen sus ojos, al encuentro de los que salen los de Antonio; miranse fijamente. Y por un momento pasa por la imaginación de ambos la idea de un beso.

¡Un beso!... ¿Qué es sino la más sublime expresión del cariño?

Y aferrada esta idea á sus cerebros, martilleándolos dulcemente, continúan silenciosos.

¿En qué piensas, Antonio? — pregunta por fin Carmen.

— ¿Y tú?

— Yo... en nada.

— Sí... tú pensabas algo — dice Antonio. — Si me dices tu pensamiento, te digo yo el mío.

— No, tú primero —, replica Carmen.

El zagalillo, más cerca ya del sitio en que trémulamente platican los jóvenes enamorados, vuelve á cantar:



No tengas pena ninguna;
los astros no dicen nada,
y sólo nos vió la luna.

—¿Oíste la copla? pregunta Antonio.

—Sí—contesta Carmen—. La oí también antes— agrega después de una pequeña pausa.

—Pues á eso se refería mi pensar— vuelve á decir Antonio.

—¿A qué?...

Desbórdase en el pecho de Antonio la pasión, el deseo, el ansia de beber cariño del fondo del alma de su amada. Y un que das un beso, bien mío? concluye por pronunciar, cogiendo nerviosamente ambas manos de Carmen, que hace grandes esfuerzos por ver si alguien, desde las casas cercanas, puede enterarse de lo que en la reja sucede.

—Nadie nos mira; la luna únicamente como ha dicho la copla. Los astros no hablan... anda.

.....

Signen después otros instantes de silencio.

Y desde muy lejos, seguramente, pudo escucharse, dada la quietud de la noche, el sonido de un algo que se rompe: el fuego amoroso de dos personas que hasta entonces no habían sentido los efectos que produce el choque de unos labios que se juntan para darse un beso...

Mariano Parra-Cañas.

ALBOREAR

I

La claridad grisácea de un amanecer obscuro, envuelve á la tierra, mientras

las postreras sombras de la noche van desapareciendo lentas, majestuosas. El glacial airecillo matinal serpentea entre los árboles jugueteando con las hojas, que al chocar unas con otras producen tenues sonidos inarmónicos. Varias aves agoreras lanzan fatídicos chillidos que repentinamente estridentes en la selva y piérdense apagados en las lejanías... Amanece. Por tortuosa senda camina un anciano de blancas barbas y semblante dulce, grave, silencioso, indiferente á la realidad; diríase que su alma separada de la materia, vuela á las regiones incognoscibles, como el humo azulado del cigarro asciende sutil y se desvanece en el espacio infinito...

Tal vez sea un artista, un poeta saturándose de Natura, ó tal vez un apóstol de las nuevas ideas, persiguiendo errante el triunfo de la verdad. Detiénese, y al contemplar extático un punto del horizonte por donde emergen poco á poco los resplandores opacos de un Sol entre tinieblas, todo su sér percibe misteriosa, indefinible sensación, presagando acaso algo sublime... Un cielo inmenso, surcado por gigantescos nubarrones, obscurecen al sol en su salida; una lucha extraña, lucha de colosos, confundidos en mortal abrazo disputándose el trono de las alturas...

.....

II

La bóveda celeste rásgase en un girón enorme; el Sol precipitase en torrentes de fuego por aquel claro, las nubes se deshacen en mil fragmentos: corren, saltan, se atropellan, impelidas por fuerzas des-

conocidas, vuelven á juntarse y huyen después, semejando en su loca carrera un infernal aquelarre de brujas perseguidas. El anciano grita entusiasmado ante el cuadro incopiable de la Naturaleza, extiende un brazo señalando á Febo, su figura se agiganta en proporciones enormes, y en aquella apoteosis de luces y colo-

res, parece un genio simbolizando la victoria del Progreso...

¡Si; es el destino marcando la derrota de las sombras y el triunfo inmenso de la luz!

.....

Carmelo Martín del Valle.

PASAJE DE ALDEA

Con el huso en una mano, que corona una guedeja
cual la plata blanca, blanca cual la plata reluciente,
una vieja, ensimismada, teje, teje una madeja,
mientras teje allá en el alma los pensares de la mente.

En la reja, con cortina de claveles y azucenas,
una moza de ojos negros, con un mozo soñador,
también teje un ramillete de alegrías y de penas,
con claveles y con nardos, con sonrisa y con amor...

Y la luna, que en el cielo brilla argéntea y cristalina,
con sus pálidos celajes, con sus pálidos esbozos,
manda besos que se pierden en la flor de la cortina,
en el huso de la anciana y en la frente de los mozos.

El idilio de los mozos llega al alma de la vieja;
como un cántico lejano suena allá en el corazón,
y la vieja, suspirando, teje, teje su madeja,
mientras ellos van tejiendo, van tejiendo su ilusión...

Eladio F. Egocheaga.

PROFANACION

I

Empezaba á surgir la lucha de ideas en pro de aquella santa causa que tan tenazmente combatieron los defensores del Cristo y su religión; luego, holocausto de humanos seres. Los primeros instantes presentábanse ya con loables auspicios y cual si profetizaran nuevas etapas, no bien se escuchó su grito de guerra.

En las vetustas calles del romano pueblo, se propagaba rápida la conspiración. Aquella doctrina que antes explicaran platonicos maestros, parecía concluir al solo comienzo de esta nueva era, borrando, extinguiendo su vieja enseñanza con la santa religión del Cristo.

En aquel pugilato, el odio á los cristianos era intenso, implacable.

II

Adriana es la mujer de Antonino, la desposada de aquel antiguo defensor de las muertas teologías. Casado á viva fuerza con ella, no siente hacia su hermosa mujer, cristiana en sus ideas, el menor impulso de cariño. No la ama, pues. Tampoco Adriana puede quererle. No obstante esto, hasta entonces Antonino respetaba las ideas de aquella mujer virgen. Ella supone que él transige en sus acciones por un acto de justicia, de derecho, de conciencia no más. ¡Pobre martir!

Es en un día á principios de invierno. Antonino regresa de una pequeña excursión, enaltecido, alocado por las pláticas de sus maestros. Propónese descansar, y

en su arcaico sillón ensimismase con el triunfo de sus ideas, que ve conquistadas por la fuerza de la elocuencia empleada en el discurso pronunciado ante sus adeptos.

Oscurece. Los últimos tintes violáceos de una luz crepuscular vanse perdiendo lentos, ocultos por las vaporosas sombras de la noche que avanza. Un silencio de tumba lo invade todo.

De vez en cuando, los aleteos de torpes marciélagos, con sus chirridos inmundos, pueblan los aires en horrible desconcierto.

Antonino, pensativo, solo, apoyando sus codos en una gran mesa y con las manos en presión de su negra cabellera, acaricia con pasión cruel, entre soñadoras ilusiones, fascinado, loco, el triunfo de su peroración. Sonríe. Los ecos de aquel vocerío ensordecedor, de compatriotas que le aclamaran incesantes, resuena en sus oídos como notas de lo que él llama su poderío, el éxito de sus luchas: así sueña.

De pronto, sus ojos brillan, sus órbitas se abren desmesuradamente, y ligero, fugaz, cruza como un rayo por su cerebro otro nuevo pensamiento. Levántase. Su sonrisa, que se hace más pronunciada por momentos, estalla de súbito formidable, estridente, en grotescas carcajadas, y, al par que con sus manos arregla sus cabellos desmarañados, sale riendo, riendo de aquel recinto donde el eco repite, cual si quisiera identificarse con él, su sarcástica risa... Sus pasos se dirigen hacia la habitación de su mujer, de aquella cristiana. Con malévolos intención pretende una osadía. Entra. Adriana, la inocente criatura, martir de su fe, reza, hermosa, adorable, sobre un reclinatorio, alzando sus brazos en señal de súplica al Cristo de su devoción, colocado entre dos lampa-

rillas de aceite que lucen débiles. Antonino no respeta...

Implora, ruega... Nada. El, cubre de ardientes, de apasionados besos sus delicadas mejillas, y su pensamiento malvado se le encarna más y más en su mente, ensañándose de su sér. Ella, llora; sus lágrimas no le conmueven, no le apiadan.

El triunfo se presenta. Un triunfo débil, despreciativo, sí, pero un triunfo. El le ama, le busca, le obtiene...

Y cuando con impías é innobles formas, aparta de sí la vestimenta de aquella mujer cristiana, de aquella mujer que es la suya, y ve la claridad tenue que se esparce á su alrededor, irónicamente, cual satisfecho de su obra depravada é infame, del triunfo de su profanación, sonríe, sonríe...

Alberto Celemín.

HUMORADAS... (1)

*¡Cuánta belleza y rencor
en el pecho alberga, el sér
que nace para querer
y se sustenta de amor!*

*Las penas ó desdichas no olvidadas
son heridas muy mal cicatrizadas.*

*No te dejes guiar por ilusiones,
ni por sombras fugaces ó visiones,
pues suele suceder que con los años
se truecan en críes de desengaños.*

*¿Existe embuste mayor
que un juramento de amor?...*

(1) Y no de Campomnor, pues son debidas á mi buen humor.

*Elige rubia ó morena
si te llegas á casar;
el color es lo de menos,
la suegra... míralo más.*

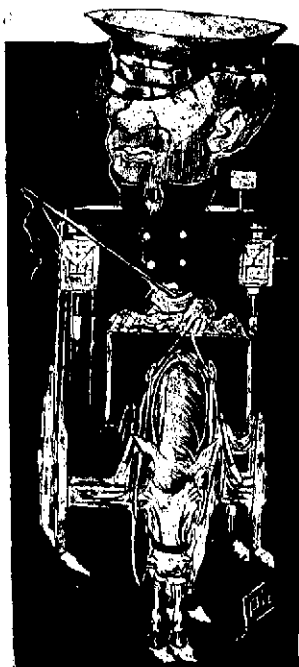
*Que ¿por qué no se casa Enriqueta?
Pues... por eso, por ser tan coqueta.*

*Y ahora, caros lectores,
¿qué sacáis de esta humorada?
Pues... como diría Azores, (1)
nada... nada... nada... nada...*

Alfonso Monó.

(2) Léase Azorín y conste que no es rípro.

DE LA CALLE



EL COCHERO, por Cele.

LA MUSA DE UN ARTISTA

CUENTO

En un pueblo cercano á Madrid vivía D. Miguel, que á juzgar por varios detalles observados en su casa, debía ser pintor de historia.

La gente del lugar andaba intrigada por averiguar la vida de aquel hombre, pero era punto menos que imposible sacar nada en limpio. Únicamente pudieron deducir que alguna pena debía embargarle, porque en su rostro, todavía joven, llevaba impreso el sello de la melancolía.

Sabemos que la curiosidad es un defecto que se apodera de muchos seres y que contra más inconvenientes se presentan para averiguar aquello que nos llama la atención, más tesón ponemos para aclarar nuestras dudas; así es que los habitantes del pueblo en cuestión, cada vez se afanaban más y más por poner de relieve lo que les preocupaba. Todo era inútil, puesto que siempre obtenían los mismos resultados.

Un día el alcalde, celoso del cumplimiento de su deber, y por sí se trataba de algún individuo sospechoso, procuró encontrarse con él para de cierto modo saber algo de su historia.

Una tarde en que el sol convidaba á pasear, consiguió verle en uno de los paseos de la población. Después de varias preguntas, hechas con cierta maestría, consiguió de nuestro pintor la promesa de que á la noche siguiente contaría algunos pasajes de su vida.

* *

En casa de D. Miguel, se encontraban congregados el alcalde, el farmacéutico, el médico y otras personas distinguidas de aquella localidad.

En el reloj del Ayuntamiento dieron las diez y como si fuera éste el momento deseado, todos guardaron silencio al mismo tiempo que D. Miguel empezaba á relatar su historia de la siguiente manera:

Hoy hace dos años que á esta misma hora, perdí para siempre á la que fué mi musa.

Desde pequeño sentí grandes aficiones por la pintura y me trasladé á Madrid para ensanchar mi campo de acción.

Una vez en la capital de España, empecé á pintar. El producto que obtenía con mis pinceles no era mucho, pero sí el suficiente para atender á mis más imperiosas necesidades. Como yo era solo me consideraba feliz, porque ganaba lo necesario.

Una noche que me retiraba bastante tarde, me pareció oír lamentos de mujer en una calle próxima á la que yo pasaba. Me paré. Efectivamente: era una mujer que sentada en el quicio de un portal, lloraba con desconsuelo. Acerquéme á ella y la pregunté por la causa de su llanto. Me contó una historia, la historia de siempre: una mujer explotada inicuamente por otra constituida en dueña de comercio donde el amor se tasa, donde la honra es prenda que para nada sirve y que por estorbar se prescinde de ella como

cosa que no es necesaria, porque cuando la mercancía no tiene compradores la arrojan á la calle como trasto inútil. Esto le había pasado á la joven á que me refiero.

Por un rasgo de compasión la ofrecí alojamiento, que ella aceptó después de algunos reparos. Aquella misma noche quedó instalada en una habitación próxima á la que yo habitaba.

A la mañana siguiente, cuando pasé á saludarla, quedé agradablemente sorprendido, porque aunque su hermosura estaba marchita, había en sus ojos una expresión de dulzura que me encantó. Su mirar reflejaba un alma pura, un alma noble.

Pasaron varios días y la joven seguía en mi casa. Entre los dos se había establecido una gran corriente de simpatía. Según me contó era la primera vez que la trataban con cariño desde que abandonó á sus padres. Pasado algún tiempo la simpatía trocóse en amor. Mis amigos me aconsejaron mi conducta; pero yo prefería aquella mujer, que se me presentaba tal como era, á otra que con el velo de la hipocresía pudiera engañarme.

Desde entonces mis ambiciones se despertaron de un modo terrible. Deseaba mucho la gloria del artista para después compartirla con ella como justa recompensa al calvario sufrido en su vida anterior.

La mayor parte del tiempo la pasaba pintando. Ella me ayudaba, y en los momentos de desaliento que sentíamos los artistas; cuando la inspiración no acudía á mí, me fijaba en sus ojos, en sus hermosos ojos, y entonces podía trazar las líneas que mi torpe mano no había conseguido hacer momentos antes. No cabía duda.

En aquel mirar debía haber algo divino. Sin ningún inconveniente la proclamé mi musa. ¡Musa más ideal no tuvo jamás artista alguno!...

La felicidad dura poco. Aquella mujer, por efecto de su vida anterior, murió á los tres años. Desde entonces no he podido pintar más, porque cuantas veces lo he intentado he tenido que desistir. Si alguna vez he querido invocar á mi musa se me ha representado como la vi por última vez, ¡muerta! ¡con los ojos cerrados!, y lo que á mi me inspiraba eran sus ojos, sus hermosos ojos que reflejaban un alma pura, un alma noble. ¡Mi musa me miraba mucho, mucho, y la que se me representa tiene los ojos cerrados! ¡No puedo, no puedo pintar!...

No pudo continuar. La emoción embargó su voz.

* * *

A los pocos años murió don Miguel sin haber podido pintar más.

José Jiménez Masa.

LOS PETULANTES Y LOS GOLFOS

«La calavera de un burro
miraba el doctor Pandolfo,
y enternecido decía;
¡Válgame Dios lo que somos!»

*No sé, ni me importa un pito,
dónde lei esa cuarteta;
pero citarla me peta,
y, por petarme, la cito.*

*Se burlan los petulantes
de todo golfo que ce*

*los amantes de la fe
en la fe de los amantes.*

*Buscan sólo la alabanza,
sin meterse á distinguir,
la esperanza de vivir
y el vivir de la esperanza.*

*Tienen ojos... y no ven,
pues confunden sin piedad,
el bien de la caridad
y la caridad del bien.*

*No hay ninguno que no ejerza
sobre los golfos presión;
la fuerza de su razón
es la razón de su fuerza.*

*Son amos mande quien mande,
y así lucha en loco empeño
la grandeza del pequeño
con la pequeñez del grande.*

*Preffero el golfo desnudo
al petulante vestido;
el hombre rudo é instruido
al hombre instruido y rudo...*

*Pues por culpa de ignorantes
y del citado DOCTOR,
dan honor á los pedantes
los pedantes del honor.*

*Mas pronto, en ninguna parte
habrá burros ni Pandolfos,
porque el arte de los golfos
honran LOS GOLFOS DEL ARTE.*

Sebastián López Arrojo.

GOLFERANCIAS

Pues señor, nunca creí que la palabra *golfo*, aunque sea del arte, tuviera tan

fatales consecuencias, y las tiene, vaya si las tiene.

Lo digo por *experiencia*,
porque á mí me ha *sucedido*.

Como que de seguir así, va á ser cosa de hacerse unas tarjetas postales decentitas, y repartirlas en los sitios de más viso, para evitar confusiones, aparte de que por lo pronto, las puertas que se me han cerrado, creo no volverán á abrirse, *en jamás* de los *jamases*.

Hoy por hoy, mi vecindad, desde que sabe que me reuno con todos los *golfos* que colaboramos en esta Revista, me mira de reojo; los amigos, rehuyen mi trato; la vulgar doméstica, aderezada con vinagre y ajos, á juzgar por su gesto, á cuantos van á visitarme, (que son muy pocos) les dice que estoy hecho un *golfo*. Y pásmense ustedes (si es que no lo están, porque con este tiempesito...) hasta una joven scoui-cursi, que me tenía entregado su corazón, según me dijo un día por la tarde que llovía (valga la cacofonía) y que yo confieso francamente, que no sé cuándo ni cómo me lo dió, dice, que me retira su cariño, por no ser merecedor á él, mientras siga siendo *golfo*. Y el colmo, señores: el otro día se presentó en esta Redacción un sujeto, que no sé si lo conocerán, pero yo tampoco. Pues bien; el tal sujeto, que debía ser bastante *suelto*, por no decirle frescales, se presentó diciendo que si había alguno de los *golfos*, que le pudiera informar, de no sé qué cosa.

En fin, que me la he buscado. Y es triste «que un joven de mi linaje, descienda á tal estado.» Y no lo digo por favorecerme ni como reclamo, pues como dice mi portera, y según un escritor que si no

se hubiera muerto, puede que viviera todavía, *lo que está á la vista no necesita demostrarse*. Es triste, repito, el estado en que me ha colocado esta situación, pues ya he perdido todas mis esperanzas. ¡Hasta la de ocupar el sillón vacante en la Academia, que para mí lo tenía pedido uno que fué compadre del Bedel que había en el Instituto, cuando estudió el maestro Cavia.

No se rían, queridos lectores; no se vayan también á poner de punta con este pobre *golfo*, que si así lo quieren, dejará hasta de hacer *golferías*, porque entonces, tendría que emigrar (si me dejaban) á tierras donde no sonara mal la palabra *golfo*.

¡Para todo hace falta suerte! Nadie se mete con el Golfo de Guinea, y servidórito, con seguridad que es mejor que Guinea, pero este es mi *golfo* de suerte, y el otro de viceversa.

Mas no me arredro y hago bien. Aunque me tenga que mudar de casa, no dejo de ser *golfo* de esta índole. Esa es mi voluntad, y no habrá quien me la tuerza. Conque ya lo sabéis, caros amigos, (y tan caros.) Cuando me veáis por esas calles, hacerse los distraídos, que yo procuraré hacer lo propio. Y tú, mujer ingrata, (ejem, ejem,); piensa que la *golfería* artística está en buena armonía con el amor. Y la prueba es que yo siempre te tengo en mi memoria, que me levanto pensando en tí, que como contigo, que duermo, en fin... en una constante desazón, por efecto de tu cariño... si persistes en abandonarme, ó me meto á chauffer, ó me voy á ver «Los ojos de los muertos.»

Manuel Fernández.

DOS COPLAS Y UNA TRAICION

...Y echada la despedida eumudecieron las guitarras y la ronda tiró por la calleja arriba, descomponiéndose al llegar á la plaza.

Andrés caminaba despacio, sintiendo cómo se le había metido la moza en su querer. La Rosa, ¡el capullico de su vida! como él la llamaba; aquella mujer que le atenazaba el corazón; la que le enloquecía con su desvío desde el día en que por los ojos se le había metido muy adentro; la hembra que amaba tanto como él; la que adoraba á Paco, á su mejor amigo. Si; lo sabía. Para el otro las miradas de cariño, las palabras de azúcar; para él el veneno de sus ojos y las frases que humillan. No; eso no. Andrés era mucho mozo para consentirlo. ¡O él ó ninguno! Y esto, ensimismado con la locura de sus celos, lo pronunció alto, con voz que más tenía de rugido, sin ver que á corta distancia un hombre se hallaba parado en firme en mitad del arroyo, y que al oír su grito dijo con voz serenamente timbrada:

—Pues no serás tú, ciertamente, Andrés.

—¡Paco!

—Sí; yo soy Paco. Quería hablarte...

—Y yo te esperaba.

—Pues, oye. La Rosa es *pa* mí. *Pa* mí, que la quiero más que á mi vida. Ella es mía, muy mía, y lo será siempre. ¿Lo sabes? Lo será porque ella lo quiere, porque su querer es tan grande como el mío. Será sólo de Paco. Ya lo has oído.

—Yo te juro que será mía ó de nadie, dijo Andrés.

Chocaron dos miradas de odio, y los dos bravos mozos echaron á andar en dirección contraria.

El duelo á muerte por una mujer quedaba concertado.

Otra noche fué hecha. La luna se deshacía en platas. Un airecillo juliano y voluptuoso acariciaba las sombras que se estrechaban en abrazo de pasión.

Noche nacida para amar.

En una callejuela pasos fuertes de hombre se oyen. Es Andrés. Se para ante una ventana cerrada, en cuyo alféizar dos macetas de albahaca y de verbena reciben los besos del astro argénteo.

Tañe con sentimiento una guitarra, y de su garganta sale una voz aleada con angustia y querer que canta:

Tú te empeñas en quererle,
y yo en quererte me empeño.
Veremos cuál de los dos
satisface su deseo.

Silencio. Rosa, la moza que allí habita, ó duerme ó no gusta del cantador.

De una sombra salta otro hombre: Paco, guitarra en ristre. Con calma y odio escuchó la copla de Andrés; éste escuchará lo mismo la suya, pues valientes y cachazudos son los dos.

La guitarra comienza. La voz dice:

Un hombre me *quité* robar
el rosal de mis amores.
¡No sabe él que *pa* mí solo
son sus espinas y flores!

La luz fué en la ventana, y su marco enmadró un busto de mujer.

Abajo dos miradas relampaguearon en la noche. Dos guitarras rodaron. Dos navajas enseñaron al planeta presidente sus aceros y un cuerpo cayó pesadamente en tierra: Paco.

De arriba salió un grito, y de repente, Andrés sintió cómo unos brazos le estrechaban y una voz temblorosa en su apasionamiento le decía.

¡Perdón, Andrés! Quería probarte. Me he excedido. ¡Huye! ¡Huye por mí, que te quiero más que á mi sangre!

—¡Mi Rosa!

Y un beso. Otro beso. El cerrar de una puerta, el estertor de un agonizante, y el escapar de un hombre, fueron además de la luna deshaciéndose en platas, y de un airecillo juliano y voluptuoso, los únicos testigos de una traición, fruto de dos coplas.

Lorenzo Cid Lascón.

RÁPIDA

*Dos palabras, dos besos, dos suspiros,
una fecha que guarda el corazón,
dos miradas de fuego que se cruzan.
¡Cómo ríe el Amor!...*

*Dos lágrimas, dos letras, dos suspiros,
una sincera y real desilusión,
un vacío en el alma, un desengaño.
¡Cómo llora el Amor!...*

A. Pérez Roca.

Carnet de apuntes.

Fomento de las Artes.

Con el nombre de «Artístico Recreativa», se ha creado en el Fomento de las Artes una sección con el fin de organizar funciones teatrales.

Teniendo presente los entusiasmos de los jóvenes que forman el cuadro artístico y los méritos de su director, D. Ramiro Pérez de Liqueñano, les auguramos muchos éxitos.

Parra- Cañas.

Este distinguido actor cómico se ha separado de la compañía que actúa en Barbieri, después de haber sido muy celebrada su labor artística en cuantas obras ha tomado parte, sobre todo en *La coupletista*, interpretando de manera admirable el papel de asistente.

Salón Zorrilla

El día 25 del actual, tuvo lugar en este Salón una velada organizada por los jóvenes aficionados D. Manuel y D. Luis García.

Se representaron *Los descamisados*, *El teniente cura*, *Las mantecadas*, y *El gorro frigio*. En *El teniente cura* fué muy notable la labor realizada por los Sres. García (L. y M.).

El distinguido aficionado Sr. Giralda, desempeñando en *Los descamisados* el papel de «Guarrete», tuvo momentos felicísimos, en los que nos hizo recordar á Emilio Carreras.

No menos afortunados estuvieron los Sres. Mur, Moreno y Sánchez, cantando

el terceto de la referida obra, que se vieron obligados á repetir.

No terminaremos sin hacer constar que la genial artista Luisita Conde (*Petit Loreto*) se mostró como siempre; inteligentísima; así como la Srta. Egea hizo presente las galas de excelente actriz y de mujer hermosa.

Sociedad Recreativa.

Según nos comunica nuestro correspondiente en Oviedo, en breve se inaugurará con una velada artístico literaria, una sociedad recreativa titulada *Helios*.

La idea ha sido acogida con gran entusiasmo por la juventud ovetense.

Dos veladas.

El domingo pasado se verificó una gran velada teatral en el Centro de Dependientes de Comercio, establecido en la calle de Silva.

En primer término se representó «El Prólogo de un drama» en el que se distinguieron la Sra. Jordán y los señores Vega, González, Angulo y García Herreiros. Estos dos últimos fueron ovacionados por su acertada labor.

A continuación se puso en escena «La primera contrata», del joven escritor Vicente Garrido.

La interpretación fué esmeradísima por parte de la Srta. De Diego y el Sr. Monzó, que hicieron dos novios que nos resultaron arrancados del natural.

El autor tuvo que presentarse en escena á recibir los aplausos del público.

También mereció plácemes el joven pintor Angel Valcázar, por su bonita decoración.

Finalmente se interpretó «El Afinador». En esta obra se distinguieron notablemente las Srtas. Solera, Reguero y De Diego y los Sres. Doctor, Ventura, Barbadillo, Vega y Garrido.

El director de escena Sr. Doctor, puede estar orgulloso.

* *

El día 24 del pasado noviembre, se celebró en los elegantes salones del Centro Gallego una Velada musical organizada por la Junta directiva del mismo.

Tomaron parte en la velada los hermanos Caronti, notables prestidigitadores; la monísima niña Rosarito y nuestro querido amigo, el notable barítono D. Antonio Pino, lucieron ambos sus hermosas dotes decantantes; fueron magistralmente acompañados por la eminente pianista señorita Paquita Codina.

Carreras de bicicleta.

En las carreras que el día 23 celebró la sociedad Pedal Madrileño, obtuvo un señalado triunfo el corredor D. Angel Zapata, que hizo el recorrido en 44,16 minutos.

El segundo puesto le correspondió a D. Emilio Biracel.

En la de entrenadores llegaron por este orden: Arroyo, Segovia y González.

CORRESPONDENCIA

A. P. R.—(Madrid.) «Morir dando vida» y «Eco», se publicará; lo otro, es muy fúnebre.

E. y J. CH. R.—(Id.) Se publicará.

J. M. C.—Los sonetos se improvisan

en *endecasílabos*, por lo cual, los dos trabajos suyos como si no sirvieran. Mande más.

F. H.—Con un toquecito, saldrá su «Glosa»; qué demonio; el oro, con ser tan rico, se toca para darle el Visto Bueno.

A. P.—Amigo ¿conoce V. al Sr. A. R.? No sé si me habré confundido; pero me creo que ese señor es algo muy íntimo de usted, por lo menos creo que V. le escribe sus trabajos, es la misma letra, y... hasta la misma manera de expresarse, casualidad, cuatro trabajos de uno y dos de otro, y los seis cortados por el mismo patrón, y los seis muy medianejos.

A. R.—Le digo a V. lo del anterior con respecto a él. «Esa cara» y «Cantares» son de V. ó al menos lo firma V. ¡horror, qué lío! venga un candil.

J. M.—Lo primero, muy largo; lo segundo, flojillo; lo tercero y lo principal, escritas las cuartillas por ambos lados; pues bien, por todos estos motivos no se puede publicar (casi nada). Mande otra cosa corta y se publicará.

A. C. R.—Canará, se duerme V. en la suerte de escribir; sea más corto y le complaceré.

Quedan aún muchas cartas por contestar.

Ruego a todos los queridos colaboradores tengan en cuenta las siguientes advertencias: *que las cuartillas se escriban por un solo lado, que indiquen un seudónimo para evitar confusiones, que franqueen los originales con 1/4 de céntimo y que no remitan dedicatorias.* He dicho, y cuidadito.

Sylvio Figarín.

IMP. VALVERDE 33, MADRID

ANTIGUA CLÍNICA DEL
Dr. Morales
Sífilis-Venéreo-Impotencia
Consultas: todos los días a las 10.
Carretas, 39, Madrid

Peluquería y Barbería
JULIO GIL
Jardines, 11, Madrid.
Precios reducidos.
Limpieza esmerada.
Aseo, prontitud, economía

¿Desea usted saber cuál es el establecimiento más popular en Sombreros elegantes y más duración?

VELASCO

Sucessor de Lupuy. — Más barato que yo nadie!
Preciosos, 21, Madrid.

Doctor Zúñiga
Peligros, 4, Farmacia.

Cuerpos químicos para reactivos.
Materias colorantes para microscopía.
Soluciones valoradas.

Escuela Práctica de Comercio
Montera, 43, 3.º derecha.
Clases de Contabilidad, Cálculos y Caligrafía
QUINCE pesetas al mes

JUAN HILLAN
Montador de aparatos eléctricos y toda
clase de instalaciones.
Clavel, 5, Madrid.

Nuevo Kananga
Magdalena, 5

En este acreditado establecimiento se sirve una rica taza de café por 15 céntimos.

Isidoro García
A la Puerta del Sol, 15, principales. Madrid.
Sedería. — Lanería. — Lutos. —
Confecciones. — Géneros blancos. —
Alfombras. — Perfumería. — Ropa
blanca.
Gran casa de saldos.

Los Golfos del Arte

REVISTA LITERARIA — COLABORACIÓN LIBRE

Se publica los días 1 y 15 de cada mes.

Redacción y Administración: **Madera Alta, 42, 3.º, dcha.**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un trimestre. 1,00 peseta

PROVINCIAS

Un trimestre. 1,25 .

Un semestre. 2,25 .

Un año. 4,00 .

EXTRANJERO

Un año. 5,00 francos

Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25

No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.